



EL SÉPTIMO DÍA
 por Rubén Abella

La Seminci, Emmanuelle Béart y los novillos

Enciendo la televisión y me encuentro a dos policías cuya tarea consiste en patrullar las calles de una pequeña ciudad española en busca de escolares que hacen novillos. Al conductor no se le ve mucho. Al otro sí. Un hombre robusto, con un bigote sucinto y una cara seria pero amable, que infunde a la vez confianza y respeto. Durante la ronda entran en un aparcamiento público y, en un rincón, entre un portón metálico y una fila de coches aparcados, descubren a unos adolescentes bebiendo cerveza en el suelo.

¿Y por qué les cuento todo esto?, se estarán ustedes preguntando.

Pues, para empezar, porque me pareció rara esta nueva función de la policía: devolver al rebaño a los escolares díscolos. Me sorprendió también la fealdad del lugar elegido por los chavales para pasar la mañana: un aparcamiento inhóspito, lleno de efluvios de gasolina e, imagino, insalubres manchas de aceite. Pero lo que más me llamó la atención fue lo aburrido que parecían todos. Y, claro, no pude evitar hacer comparaciones.

Hay gente que aún me considera joven, y yo se lo agradezco, pero la verdad es que ya tengo edad suficiente como para poder organizar mis recuerdos por décadas. Con esto quiero decir que, aunque no tantas como el abuelo Cebolleta –el del dibujante Manuel Vázquez, ¿se acuerdan?–, me he ganado el derecho a contar alguna que otra batalla. Como por ejemplo que en mi época –imi época!, pensé que nunca diría algo así– hacíamos novillos porque nos aburríamos dentro de clase, no fuera.

Fuera estaban los billares del Pasaje Gutiérrez, donde pasábamos las dulces horas de libertad robada escuchando la vieja radio del due-

ño –en mi mente conservo la imagen de un hombre diminuto y algo cheposo, pero no estoy seguro de que el recuerdo sea cierto– y jugando una partida tras otra de fútbol. El fútbol era una cosa muy seria. El que entra, paga. El que gana, se queda. ¿No es así como funciona la vida?

Estaban también los bares y cafeterías de la plaza de Santa Cruz –el Sanjo, la Casa de Galicia, el Toledo–, donde hablábamos de todo un poco, pero especialmente de chicas, y jugábamos a las cartas. Y una semana al año, en octubre, estaba la Seminci.

Al fin y al cabo, clases teníamos todos los días, pero cine del bueno, no

Me gustan las cosas que cambian el paisaje: la nieve, los eclipses, la Seminci

No sé qué clases me salté para ir a ver mi primera película de la Seminci –*Ossessione*, la versión de Luchino Visconti de la novela *El cartero siempre llama dos veces*, de James M. Cain–, pero fueran las que fueran, me alegro de haberlo hecho. Al fin y al cabo, clases teníamos todos los días, pero cine del bueno, no. Dicen que somos lo que recordamos. Quién sabe. De aquella película yo recuerdo a Cla-



Emmanuelle Béart en un fotograma de 'El infierno', del bosnio Danis Tanovic. / ARCHIVO

ra Calamai sentada en el borde de una cama revuelta, con un vestido estampado y esa piel tan blanca. Tan triste. Recuerdo también la eu-

foria de lo prohibido y la extraña sensación de salir del cine en pleno día.

A partir de *Ossessione*, fui mu-

más interesante, quizás. Y, me parece a mí, un poco más bella. Aunque para poder disfrutarlo, uno tenga que hacer novillos.

cho a la Seminci. Siempre escamoteándole el tiempo a otras cosas. Al principio al colegio. Luego a la universidad y al trabajo. Siempre, de alguna forma, haciendo novillos. De aquel maremágnum de tramas e imágenes me viene a la mente una escena. En la pantalla, un juez, un fiscal y un abogado defensor retirados juzgan a Alberto Sordi en un comedor repleto de trofeos de caza. En la butaca siguiente a la mía, un amigo besa por vez primera a la chica que le gusta. La película es *La più bella serata della mia vita*, de Ettore Scola. Las cosas no son como son, sino como las vivimos.

Le debo mucho a la Seminci. Gracias a ella vi de cerca a Emmanuelle Béart y estreché la mano de Ademir Kenovic, el director de *El círculo perfecto*, una película luminosa sobre una guerra muy oscura. Pero, como en toda relación que merezca la pena, sobre todo en una tan desigual –la Seminci me saca doce años–, también he sufrido lo mío.

Atraído a los cines por las reseñas de los programas, he sido objeto de soporíferas traiciones que ni yo ni nadie merecemos. No daré títulos. Sólo diré que no pocos de esos castigos me los han infligido los devotos del Dogma. Ya saben, ese movimiento fílmico que busca la verdad en la pretensión y el tedio. No importa. Como buen optimista que soy, me quedo con lo bueno. Además, en todo viaje, por muy excitante que sea, hay momentos de fastidio.

Me gustan las cosas que cambian el paisaje. La nieve. Los eclipses. Las calles cortadas al tráfico. Y eso es precisamente lo que hace la Seminci vallisoletana. Durante una semana convierte Valladolid en una ciudad un poco distinta. Un poco



GRATIS
AL FÚTBOL
CON
EL MUNDO
VALLADOLID

Jueves, día 29.
Estadio José Zorrilla,
a las 21,00 h.

REAL VALLADOLID

R.C.D. MALLORCA

NOMBRE

APELLIDOS

DIRECCION

D.N.I. TELEFONO

EL MUNDO DE VALLADOLID sortea 10 entradas, 1 por cupón, para el partido REAL VALLADOLID - R.C.D. MALLORCA que tendrá lugar el próximo jueves día 29 de octubre las 21,00 h. en el Estadio José Zorrilla. Entregue este cupón, totalmente cumplimentado en las oficinas de EL MUNDO DE VALLADOLID, Av. Burgos, 33 - C.P. 47009 Valladolid, antes del miércoles 28 de octubre a las 13,00 h. Los resultados se harán públicos en el periódico del jueves día 29.